

PALABRA BÍBLICA, PALABRA SACRAMENTAL Y PROTOPALABRA EUCARÍSTICA

JOAQUÍN FERRER

INTRODUCCIÓN

La Palabra en el Libro (el «Logos embiblos») es la expresión escrita, inspirada por el Espíritu, del proceso de revelación histórico-salvífica del Verbo de Dios, en el Espíritu Santo, que culmina en la Encarnación redentora (el «Logos ensarkos») consumada en el misterio Pascual, «centro del misterio del tiempo» y recapitulación de la historia salvífica hasta la Parusía (Juan Pablo II). «Esta doble misión conjunta e inseparable del Verbo y del Espíritu está en el origen, constitución y permanencia de la Iglesia, y continúa en la Eucaristía» (*Ecclesia de Eucharistia*, n. 23) que «hace la Iglesia», uno de cuyos elementos esenciales es la Escritura «que está más en su corazón que en los libros escritos» (CEC 113) como «imagen canónica de la Revelación» (Von Balthasar), cuya memoria viva está presente en su Tradición.

Si «toda la gracia del mundo depende la gracia de la Iglesia, y toda la gracia de la Iglesia depende de la Eucaristía»¹, parece imponerse –tal es la conclusión a la que pretendo llegar– que toda «palabra» que se oye en la Iglesia –sea bíblica, litúrgico-sacramental, exhortativa, docente o autoritativa– será salvífica en cuanto sea preparación, resonancia y –siempre– derivación de la «Protopalabra» de la «anamnesis» eucarística. De ahí el carácter fundante y resolutorio del misterio eucarístico, compendio y suma de nuestra fe (cfr. CEC 1327), del que brotan todas las luces del Paráclito en la actualización eficazmente salvífico –sin mitificaciones que desfiguren su verdadero sentido espiritual– de la Sagrada Escritura, vida de la Iglesia. Tal es el tema de este simposio. No cabe, pues, una referencia más directa al objetivo propuesto

1. Ch. JOURNET, *L'Église du Verbe Incarné II*, Desclée, París 1951, II, 672, citado por Pablo VI (Alocución 15-IX-65). «De la presencia de Jesús vivo en la Hostia santa nacen todas las gracias», y es, por eso, «la garantía, la raíz y la consumación de su presencia salvífica en el mundo», en el misterio de la Iglesia, instrumento universal de redención por la Palabra y los Sacramentos (cfr. J. ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, nn. 86 y 102).

por sus organizadores, ni –quizá– una temática de urgente clarificación para evitar numerosas ambigüedades (a las que haré alguna referencia).

En orden a nuestro propósito, comenzaremos exponiendo los cinco significados² análogos de la categoría bíblica de «Palabra de Dios», de los cuales el «*analogatum princeps*» –que está en el origen de un proceso salvífico descendente, animado por el Espíritu Santo, de los demás analogados del término que convergen en la Protopalabra de la Eucaristía «que contiene todo el bien espiritual de la Iglesia» (POS)–, es el Logos de la Trinidad, que expresa la comunicabilidad de Dios.

1. LOS CINCO SENTIDOS DEL TÉRMINO ANALÓGICO PALABRA DE DIOS

«*Palabra de Dios*» es una categoría teológica análoga, no unívoca, que encontramos en cinco diversas acepciones³ en la Escritura, en la vida de la Iglesia y en la tradición teológica, relacionadas entre sí por nexos causales derivados del Logos divino de San Juan –imagen de la gloria del Padre y esplendor de su sustancia– como analogado principal. Todos los demás son analogados secundarios, a los que se atribuye en sentido propio y formal, no metafórico; ni por denominación extrínseca fundada en una relación causal que tiene con aquello en lo que intrínsecamente se realiza su significado (como se denomina sano un clima porque contribuye a la salud del hombre, pero sin que le con venga lo que esa noción significa de modo intrínseco y formal); según el modelo –a mi parecer– de la *analogía de atribución intrínseca*.

a) *La Palabra en el seno del Padre*

La Palabra de Dios es, por excelencia, el Verbo de Dios. Tal es, decíamos, el «*analogatum princeps*» del término, en su sentido originario y fontal: el Logos de S. Juan (Jn 1,12): el Unigénito del Padre en la unidad del Espíritu. La Palabra eternamente pronunciada por el Padre, su imagen y expresión perfecta en el seno de la Trinidad inmanente que se revela en la economía salvífica, en virtud del libre designio benevolente del Padre: «el misterio de su voluntad» (Ef 1,9), «es-

2. Los distingue muy bien C.M. MARTINI, «Parola di Dio e parole umane», en AA.VV., *Il libro sacro nell'ambito della Parola di Dio*, Roma 1978, 43ss. Cfr. también A.M. ARTOLA, J.M. SÁNCHEZ CARO, *Biblia y Palabra de Dios*, Verbo Divino, Estella 1995, 29-58.

3. Cfr. C.M. MARTINI, «Parola di Dio e parole umane», cit., 42ss. Cfr. también A.M. ARTOLA, J.M. SÁNCHEZ CARO, *Biblia y Palabra de Dios*, cit., 29-38.

condido desde los siglos eternos en la mente de Dios» (Rm 16, 28; Ef 3,1-5; 9-19, etc.) de recapitular todo en Cristo (Ef 1, 10); reuniendo bajo Cristo como Cabeza en su Cuerpo, la Iglesia, a los hijos de Dios dispersos por el pecado, por la doble misión conjunta e inseparable del Verbo y el Espíritu Santo (cfr. CEC 702).

b) *Jesucristo, el Verbo en medio de nosotros, en todo el arco de su vida, plenamente manifestado en la Pascua del Señor, centro del misterio del tiempo y recapitulación de la historia salvífica hasta la Parusía*

«Palabra de Dios» es, pues, también por excelencia, pero de modo derivado —en virtud del libre designio de su Encarnación redentora—, Cristo, el Verbo que manifiesta su gloria (Jn 1,14; 2,11) de manera velada y oculta en la humanidad de Jesús, solidario de nuestra estirpe (cfr. Hb 3,11), para nuestra salvación: *Jesucristo, el Verbo en medio de nosotros* (Jn 1,14); el Dios que se ha dicho y se ha manifestado a nosotros en la historia (*en la economía salvífica*). «En Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que esta» (CEC 65). *Es Jesucristo* («el que me ve a Mí, ha visto al Padre»: Jn 14,9) *en todo el arco de su vida, su muerte, resurrección y señorío glorioso del universo, el que nos manifiesta el Padre*⁴.

«No es, pues, solamente la que se hace presente en el Jesús histórico que culmina en la Resurrección, sino también la que estará presente en su máxima extensión en el Reino de Dios entregado al Padre en la plenitud de los tiempos (cfr. 1 Co 15,24; DV 4, último párrafo). Alcanzará entonces el ámbito definitivo máximo de su expresión *extensiva*, si bien el ámbito máximo de su expresión *intensiva* sigue siendo la Cruz y Resurrección»⁵ y el don del Espíritu: *el misterio Pascual, la suprema e insuperable revelación salvífica de la Trinidad, que compendia y recapitula —por la mediación del misterio eucarístico— todo el misterio de nuestra salvación.*

La Pascua del Señor es, pues, el misterio recapitulador de todos los «acta et passa Christi», que son cumplimiento a su vez de todos los acontecimientos salvíficos y palabras proféticas («gestis verbisque»: DV 2) de la antigua alianza, que los prefiguraban y a los cuales no sólo

4. Cfr. el conocidísimo comentario a Hb 1,1-2 de S. Juan de la Cruz, que recoge CEC 65. *Toda la vida de Cristo es revelación del Padre, redención y recapitulación —«anakephalaoisis»— bajo la Cabeza de la nueva humanidad rescatada, el nuevo Adán, que reconcilia con Dios a la humanidad dispersa por el pecado: Toda ella es, pues, en todos y en cada uno de los misterios de su vida (los «acta et passa Christi») «Palabra de Dios» y «causa salutis aeternae» (Hb 5,9). Cfr. CEC 516-518.*

5. C.M. MARTINI, *ibid.*

disponían, sino que se beneficiaban por anticipado de su virtualidad salvífica⁶.

Todos los instantes de la existencia histórica de Cristo tenían un valor infinitamente satisfactorio y meritorio. Pero *aunque infinitamente salvíficos en sí mismos, por disposición divina* –no son hondas razones de conveniencia que ha señalado la tradición teológica– *no eran redentivos sino en cuanto intencionalmente referidos al Sacrificio del Calvario, que mereció la resurrección de entre los muertos, su ascensión a la derecha del Padre y el envío del Espíritu* –fruto de la Cruz–, que nos hace partícipes de la novedad de vida de Cristo glorioso⁷.

El misterio pascual es el centro del misterio del tiempo; el eje y recapitulación de la historia salvífica hasta la Parusía –por ella prefigurada– en la progresiva formación del Cristo total, *porque la humanidad santísima glorificada de Cristo vencedor de la muerte ha entrado, en cuanto muere y resucita* –y envía el Espíritu como fruto de la Cruz–, *en la eternidad participada de la gloria.*

6. La Encarnación del Verbo en Jesús de Nazareth es –según San Ireneo–, *la expresión excelsa de una manera de ser Dios y de una manera de ser el hombre* que se encuentra en toda la historia sagrada en un progresivo «acostumbrarse» de *los hombres a Dios y de Dios a los hombres*, tan distanciados y opuestos a Él tras la caída (cfr. CEC 53). Por eso la referencia al Antiguo Testamento y la analogía de las costumbres divinas y la de las humanas constituyen una perfecta *demonstración* en el sentido que Ireneo y Clemente, conferían a la Palabra. Cristo pudo explicar a los discípulos de Emaús todo cuanto Moisés y los profetas habían dicho de Él (Lc 24,27), pues en realidad, *toda la Escritura habla de Cristo, cuyo misterio abarca y recapitula la historia entera. El conjunto de la misma constituye ya un esbozo* –Danielou la llama una «encarnación» antes de la Encarnación– *y una profecía de la Encarnación* –una suerte de «*incarnatio in fieri*» del «*Verbum incarnandum, nondum incarnatum*», cuyo pleroma es la Iglesia que recapitula en Cristo Cabeza los hijos de Dios dispersos por el pecado–. Cfr. J. DANIELOU, *En torno al misterio de Cristo*, Madrid 1965, cc. 1 y 2 passim, y mi estudio *La doble misión del Verbo y del Espíritu Santo como «Incarnatio in fieri»* (Actas, Simp. XIX, Pamplona 1998), donde resumo otros estudios más amplios ahí citados sobre el tema.

7. «El Verbo hecho hombre no es disposición próxima para nuestra resurrección, sino el Verbo hecho hombre y resucitado (*resurgens*) de entre los muertos» (Tomás de Aquino, III, Sent, dist. 21, q2 a1 ad1). *Nuestra nueva vida en Cristo es, pues, obra del Cristo resucitado en cuanto resucitado* (Sum. Th. III q56 ad3). *Es el misterio recapitulador en el que convergen todos los misterios –acciones y pasiones– de la vida de Cristo*; cada uno en sí mismo de valor infinito. Son, pues, «*causa salutis aeternae*»; pero lo son *en tanto que recapitulados en la «consumación» pascual* (cfr. Hb 5, 9) *de la existencia redentora de Cristo*. Su muerte es causa ejemplar de la remoción del pecado, y su *resurrección* de la donación de una vida nueva. Los otros misterios de la vida de Cristo que conmemora el año litúrgico, ejercen, también, una causalidad ejemplar y eficiente en la vida del cristiano, en cuanto virtualmente presentes en el misterio pascual que los recapitula, significado y hecho salvíficamente presente presente en la liturgia, fuente y culmen de la actividad de la Iglesia. F. OCÁRIZ, *Naturaleza, gracia y gloria*, Pamplona 2000, 308. Sólo en este sentido podría aceptarse, a mi parecer, *la mysterien-lehre* de Odo Casel (*El misterio del culto cristiano*, Dinor, San Sebastián 1953; *Misterio de la Cruz*, Madrid 21964). Cfr. T. FILTHAUT, *Teología de los misterios*, Desclée, Bilbao 1963. Ofrece amplia bibliografía sobre él M. SCHMAUS, *Teología dogmática*, VI, *Los sacramentos*. Rialp Madrid 21963, 771-773).

El *acontecimiento* mismo *de su muerte*, como voluntaria entrega de su espíritu al Padre, y *de su Resurrección* a la nueva vida inmortal –que forman un único misterio pascual– *participan de la eternidad* haciéndose salvíficamente presentes desde el *alfa* hasta el *omega* de la historia⁸. Es el único «acontecimiento –inseparable– de la Cruz y de la Resurrección, que permanece y atrae todo hacia la vida» (CEC 1085).

Este proceso de la progresiva recapitulación de todo en Cristo muerto y resucitado por obra del Espíritu, abarca la historia entera, desde las puertas del Paraíso perdido, hasta el Reino consumado metahistórico de la Jerusalén celestial, que es historia salvífica: la historia de la *progresiva revelación de Dios* y su designio salvífico que culmina y se clausura en la generación apostólica (la tradición apostólica, «regla de fe» para las sucesivas generaciones cristianas) –y de la *formación del Cristo total*– en el seno maternal de la Inmaculada Mediadora⁹ por la irradiación del misterio Pascual, que abarca la historia entera de la salvación hasta la Parusía: –*por anticipación* (en virtud de la confiada espera en la promesa mesiánica más o menos explícita, que *dispone* a la justificación, por caminos, a veces, sólo a Dios conocidos)– si es antes de Cristo venido; o, a partir de su venida, *por derivación*, a distancia o por contacto¹⁰ (mediante el ministerio de la *Palabra* y los *Sacramentos*, cuya raíz y culminación es el *misterio eucarístico*, «que hace la Iglesia»), hasta la recapitulación de todo en Cristo (Ef 1,10), cuando Dios sea todo en todo (cfr. 1 Co 15,28).

c) *Palabras de Dios –en plural– de la predicación profética y apostólica en la Revelación divina «gestis verbisque» (DV 2)*

La Palabra de Dios se hace así –en la «synkatabasis» de la Encarnación– *Palabra de Dios en plural*. Dios no necesita sílabas porque no está sometido al tiempo. Es el mismo Verbo el que se expresa –en el Espíritu– en la boca de los profetas (cfr. S. Agustín, Psal. 103, 4,1; cit. en CEC 102). Son a estas *palabras de la predicación profética y apostólica a las que, de hecho, la Escritura llama normalmente «Palabra de Dios» revelada*, y deben ser entendidas en la armónica variedad complementaria de sus inflexiones específicas litúrgico-sacramentales y extralitúrgicas en la unidad del designio de la *revelación salvífica de*

8. J. FERRER ARELLANO, «La resurrección de Cristo centro del misterio del tiempo», en *Escatología y vida cristiana*, Actas del XXI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 2002, 387-407.

9. J. FERRER ARELLANO, «Corredención materna de María y mediación sacramental», *Inmaculata Mediatrix III* (2003) 59-106.

10. Cfr. Ch. JOURNET, *Charlas sobre la gracia*, Rialp, Madrid 1985 (último capítulo).

Dios de la antigua y de la nueva alianza que culmina –y se cierra– en la Iglesia apostólica, cuya «tradicito» (*paradosis*) es normativa de las sucesivas generaciones de creyentes, de la que Cristo Jesús es el centro y el corazón, abierto desde la Pascua (cfr. CEC 112).

d) *Palabra bíblica*

«Palabra de Dios» son también –en una cuarta instancia en el proceso de autocomunicación de la Palabra increada en el Espíritu–, *las palabras escritas* de todos aquellos que, en conexión con la actividad profética y apostólica (la «paradosis»), han escrito *por inspiración divina* los libros canónicos de la Sagrada Escritura. Son los profetas escritores, los apóstoles, los evangelistas, los sabios, los cronistas, los legisladores, los poetas.

*Esa es la Biblia, que aparece en este cuarto momento del análisis de la Palabra de Dios, como uno de sus analogados. Ahora es precisamente cuando pasamos de la palabra hablada de la Revelación a la palabra escrita que expresa, objetivándola en los libros recogidos por la Iglesia, Esposa de Cristo, que reconoce en ellos la voz de su Esposo, en el canon de la Sagrada Escritura. La Biblia nos conserva las palabras de los apóstoles, de los profetas, etc., puestas por escrito bajo la inspiración de Dios, para manifestarnos su plan de salvación en Cristo*¹¹.

1) *La Biblia no sólo contiene la Palabra de Dios revelada en la historia de la salvación (1, 2 y 3), sino que es Palabra de Dios por la que habla a su Iglesia y –en ella– a cada uno de los hombres*

En cuanto testimonio histórico autorizado de la Revelación, *las Sagradas Escrituras contienen la Palabra de Dios y, por ser inspiradas, son verdaderamente Palabra de Dios* (DV 24). Si fuesen solamente una transcripción histórica de oráculos proféticos, tendrían un valor como libro de los orígenes, como documento de la fe de las generaciones antiguas, sin que necesariamente contenga siempre una palabra normativa para las generaciones futuras. Al contrario, *la relación que tiene con el Verbo por medio del Espíritu –en virtud de la inspiración bíblica– hace de esta palabra una fuerza viva y permanente de la manifestación de Dios para todos los tiempos.*

En efecto, *la inspiración del hagiógrafo* es una «gracia gratis» dada (un carisma) para utilidad de la Iglesia, por la que el Espíritu Santo sir-

11. M. MARTINI, cit. Cfr. A.M. ARTOLA, J.M. SÁNCHEZ CARO, *Biblia y Palabra de Dios*, cit., 186ss.

viéndose a modo de instrumento de la actividad literaria del hombre, con sus diversas expresiones (o géneros) según el fin que se propone en cada caso, la hace eficaz, perfeccionando interiormente el complejo proceso tanto de redacción como de recepción y lectura del escrito. *El destinatario inmediato de la revelación de Dios a través de la Escritura es la Iglesia. La Sagrada Escritura recibida en la Iglesia es por tanto instrumento de verdadera profecía, en cuanto que a través de ella Dios habla a su Iglesia y –en ella– a cada uno de los hombres.* El carácter de instrumento que tiene la «mente del profeta» en orden a que éste reciba y transmita la revelación de Dios, lo tiene de manera análoga la Escritura en orden a que la Iglesia reciba la revelación de Dios en Jesucristo. *El juicio que completa el conocimiento le viene al profeta como una luz divina; asimismo le viene a la Iglesia.* La función profética pertenece a la Iglesia porque así se lo ha otorgado el Señor; *la Escritura es el instrumento sobrenatural –que tiene la consistencia de un texto escrito–, inspirado por Dios, para que la Iglesia realice su misión de conocer y dar a conocer a Jesucristo. Es uno de los elementos esenciales de la Iglesia, como lo son los sacramentos*¹².

Así como hay una «encarnación» antes de la Encarnación (Danielou) –cuya plenitud es la Iglesia del Verbo encarnado– a la cual prepa-

12. K. RAHNER, *Inspiración de la Sagrada Escritura*, Barcelona 1970, afirma que *Dios es autor de la Sagrada Escritura* –como lo es de los siete sacramentos, acciones fundamentales mediante las cuales la Iglesia se autorrealiza («un remedio para cada necesidad»)– *en cuanto que es Autor de la Iglesia, por ser uno de sus elementos esenciales. Los libros sagrados son, de hecho, el modo privilegiado como la Iglesia apostólica expresa y objetiva su propia fe.* Es por la transmisión de los libros sagrados como la Iglesia apostólica ha sido establecida por Dios como fundamento y como norma de todas las sucesivas generaciones de creyentes.

La inspiración no afecta sólo a la intuición originaria de la verdad a transmitir, de modo que sería ajena a la puesta por escrito por el autor humano, que pone las ideas y el estilo (Lessius, Franzelin), sino a impulso de necesidad interior de ponerla por escrito, y a todo el proceso de realización o ejecución literaria puesta en marcha por el impulso interno. *Todo el largo y complejo proceso que conduce a la formulación verbal, en el curso del cual los juicios especulativos y prácticos se entrecruzan con peso y matices diversos* (Benoit), *debe ponerse bajo un influjo del carisma divino* (como había ya enseñado Báñez –que tanto defendió la *inspiración verbal*–, recogiendo la tradición patristica más genuina). Todo este proceso de formulación literaria es un momento creativo que debemos considerar como desarrollado bajo la acción del Espíritu (cfr. L. ALONSO SCHÖKEL, *La palabra inspirada. La Biblia a la luz de la ciencia del lenguaje*, Cristiandad, Madrid 1986, 158), que cabe referir el carisma que Santo Tomás llama «*gratia sermonis*» hablado y escrito (S. Th., II-II, 177).

Esta dimensión literaria del carisma de inspiración de la palabra bíblica, debe ser integrada –como uno de sus elementos esenciales– en la explicación teológica más clásica y tradicional, que ha favorecido el Magisterio, de la *causalidad instrumental del profeta y el hagiógrafo* –que participa imperfectamente de carisma profético (Sto. Tomás, S. Th., 175, s); la cual debe ser entendida, a su vez, *en la perspectiva «eclesial» de complementariedad con otros carismas –de acción y predicación* (Grelot) – *que Dios suscita al servicio de la Revelación por obras y palabras* (cfr. DV 2), en un proceso –bajo la acción del Espíritu Santo– ordenado a la respuesta de su acogida por la fe que conduce a la comunión salvífica con Él (cfr. Jn 20,31) como último fin de la revelación de la Palabra. Cfr. V. MANUCCI, *Introducción a la S. Escritura*, Desclée, Bilbao 1997, 153ss.

ra y la anticipa, se puede decir también –como enseña Juan Pablo II en su discurso de presentación del documento de la PCB «la interpretación bíblica en la Iglesia» de 1993–, que «*la puesta por escrito de las palabras de Dios, gracias al carisma de la inspiración escriturística, fue un primer paso hacia la encarnación del Verbo de Dios*. En efecto, estas palabras escritas representaban *un medio estable de comunicación y comunión* entre el pueblo elegido y su único Señor. Por otro lado, *gracias al aspecto profético de estas palabras, fue posible reconocer el cumplimiento del designio de Dios, cuando “el Verbo se hizo carne, y puso su morada entre nosotros”* (Jn 1,14). Después de la glorificación celestial de la humanidad del Verbo hecho carne, también su paso entre nosotros queda testimoniado de manera estable gracias a las palabras escritas. “*Junto con los escritos inspirados de la primera alianza, los escritos inspirados de la nueva alianza constituyen un medio verificable de comunicación y comunión* entre el pueblo creyente y Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. *Este medio no puede, ciertamente, separarse del manantial de vida espiritual que brota del corazón de Jesús crucificado y se propaga gracias a los sacramentos de la Iglesia*” (cuya fuente y culminación es el misterio eucarístico). “Sin embargo, tiene la consistencia de un texto escrito, que merece crédito”.

“Por eso –continúa Juan Pablo II en esa importante alocución– *el estudio de los condicionamientos humanos de la palabra de Dios debe proseguir con interés renovado incesantemente. Este estudio, sin embargo, no basta*. Para respetar la coherencia de la fe de la Iglesia y de la inspiración de la Escritura, *la exégesis católica debe estar atenta a no limitarse a los aspectos humanos de los textos bíblicos*. Para comprenderlos y explicarlos, *tenemos siempre necesidad de la venida del mismo Espíritu Santo*, es decir, de su luz y su gracia, que es preciso pedir ciertamente con una oración humilde u conservar con una vida santa” (León XIII, *Providentissimus Deus*: Enchiridion biblicum, 89)¹³.

2) *La palabra bíblica en el corazón –Tradición viva– de la Iglesia*

Los textos bíblicos han sido confiados a la comunidad de los creyentes, a la Iglesia de Cristo, para alimentar su fe y guiar su vida de caridad. Respetar esta finalidad es condición para la validez de la interpretación. Según un adagio de los Padres, «*sacra Scriptura pincipaliter est in corde Ecclesiae quam in materialibus instrumentis scripta*» («*La Sagrada Escritura está más en el corazón de la Iglesia que en la materialidad de los libros escritos*»). En efecto, *la Iglesia encierra en su Tradición la memoria viva de la Palabra de Dios, y el Espíritu Santo le da*

13. JUAN PABLO II, *Discurso de presentación* del documento de la PCB de 1993 (IBI).

la interpretación espiritual de la Escritura («...secundum spiritualem sensum quem Spiritus donat Ecclesiae»: Orígenes, Hom. in Lev. 5,5) (CEC 113).

La Biblia necesita un contexto, un hábitat en el que poder vivir. «La Revelación —esto es, el que Dios se dirija al hombre, su salirle al encuentro (escribe el Card. Ratzinger)— es siempre algo superior a cuanto pueda ser expresado con palabras humanas, superior incluso a las palabras de la Escritura.

La Revelación no es un meteorito caído sobre la tierra, que yace en cualquier parte como una masa rocosa de la que se pueden sacar muestras, llevarlas al laboratorio y analizarlas. La Revelación tiene instrumentos, pero no puede ser separada del Dios vivo; interpela siempre a la persona viva a la que alcanza. Pero si se da esta trascendencia de la Revelación respecto a la escrituras, entonces la última palabra sobre ella no puede venir del análisis de las muestras rocosas —el método histórico-crítico—, sino que forma parte de ella el organismo vital de la fe de todos los siglos. Precisamente aquello de la revelación que sobresale de la Escrituras (que a su vez no puede ser expresado en un código de fórmulas) es lo que llamamos “Tradición”¹⁴.

De todo lo dicho se deduce *la Tradición es algo íntimamente ligado a la vida de la Iglesia*. «Es la Biblia entera, en la atmósfera que le es propia, en su ambiente vital, en su luz nativa...; no en su letra, sino en el Espíritu que la dictó y que no cesa de vivificar su lectura. ¿Donde se encontrará —se pregunta S. Agustín— el Espíritu de Cristo si no es en el Cuerpo de Cristo?»¹⁵. Es pues en la Iglesia, cuerpo de la Palabra de Dios viva hecha carne, donde continúa siendo espíritu y vida, la palabra escrito en otro tiempo inspirada a hombres de carne¹⁶.

La Esposa de Cristo discierne la inspiración de algunos escritos de la antigua y la nueva alianza, entre otros apócrifos, al reconocer en ellos la imagen de su Esposo. «De ahí la necesidad de interpretar cada texto bíblico como parte del canon de las Escrituras reconocido por la tradición de la Iglesia bajo la guía del Magisterio», y estando mucho más atentos a las aportaciones de la exégesis patristica, las instituciones litúrgicas en las que expresa su fe, etc. Ser fiel a la Iglesia significa,

14. J. RATZINGER, *Mi vida. Recuerdos (1927-1997)*, Encuentro, Madrid, 1997, 103-104. «La Escritura y los Padres forman un todo, como la pregunta y la respuesta»... Aunque son diversos, no admiten separación. «Escritura y Tradición no forman fuentes distintas, sino una sola en la que ambas se unen íntimamente» (*Teoría de los principios teológicos*, Herder, Barcelona 1985, 174). Se ha podido decir acertadamente, que *la Tradición es la Escritura explicada y abierta, y la Escritura la Tradición cerrada y sellada*.

15. Tr. 27 in Ioh: PL 35 A, 1618.

16. L. BOUYER, *La Biblia y el Evangelio*, Rialp, Madrid 1978, Prólogo.

pues, situarse resueltamente en *la corriente de la gran Tradición que, con la guía del Magisterio*, que cuenta con la garantantía de la asitencia especial del Espíritu Santo, ha reconocido los escritos canónicos como palabra dirigida por Dios a su pueblo, y jamás ha dejado de meditarlas y de descubrir su riqueza inagotable, «teniendo presente que su interpretación “queda sometida al juicio definitivo de la Iglesia que recibió de Dios el encargo y el oficio de interpretar la Palabra de Dios” (DV 12)»¹⁷.

La inspiración bíblica aparece así como el penúltimo estadio de una acción carismática del Espíritu de Dios, que atraviesa y fundamenta todo el proceso histórico de la Revelación «en acontecimientos y palabras» (DV 2) y culmina en la puesta por escrito de la Revelación en un complejo y dilatado proceso relacional que se cierra en la Iglesia apostólica en el elenco de libros sagrados del canon bíblico en los cuales expresa y objetiva —de modo privilegiado— su propia fe.

La Sagrada Escritura no es identificable, ni con el Logos de Dios ni tampoco con la revelación de Dios en la historia y en el mundo que ha tenido su culminación en Jesucristo. Ella es un testimonio histórico privilegiado de la Revelación, es la «imagen canónica de la Revelación» por hechos y palabras¹⁸. En virtud de este testimonio canónico-privilegiado de la Revelación que es la Biblia, se ha hecho posible y se ha abierto a todos los hombres la presencia de la Palabra de Dios y acerca de Dios, hecha carne en Jesucristo: Palabra verdadera de Dios (no simple idea vaga, ni simple balbuceo). Palabra dicha por Dios sobre Sí mismo, sobre el mundo, sobre todo ser humano.

e) *La Palabra viva de la predicación de la Iglesia*

Palabra de Dios es, también —por último— *la palabra de la predicación cristiana viva, íntimamente relacionada con el Sacrificio eucarístico y con la administración de los sacramentos*: cuando se predica la fe que dispone a recibir los sacramentos, que son también predicación *mystagógica* (cfr. CEC 1123-4 y 1133), se produce en la Iglesia un acontecimiento que se puede llamar «Palabra de Dios».

La Biblia, por haber sido «inspirada por Dios» es ya —decíamos— en sí misma Palabra de Dios en lenguaje humano; pero esta Palabra de

17. JUAN PABLO, *Discurso de presentación* de IBI, cit., n. 10. Sobre el papel complementario de los diferentes miembros de la Iglesia en la actualización de la Palabra de Dios, cfr. IBI, III, C y D (donde desarrolla con más amplitud las enseñanzas de DV 21-25 y CEC 131-133).

18. H.U. VON BALTHASAR, *Gloria*, vol. I, Encuentro, Madrid 1988, 509.

Dios escrita trata incesantemente de hacerse Palabra de Dios viva y eficaz para la salvación los hombres, aquí y ahora –actualizada e inculturizada por el «ministerium Verbi et sacramentorum»–, mediante la escucha y acogida de la fe. Para descubrir la Palabra de Dios en la Biblia hay que colocarse no «fuera», sino «dentro» (cfr. Mc 4,11-12); es decir, es preciso un acto de fe. Por otra parte, no es posible acercarse a la Palabra de Dios mediante la fe, sin la moción e iluminación del Espíritu Santo (cfr. DV 5 y 12), que se halla en el origen mismo de aquella Palabra de Dios (primero vivida y hablada, después escrita) y que asimismo suscita la respuesta del creyente.

Por eso *la palabra divina no es solamente anunciada, sino que es proclamada como palabra de salvación; como palabra que no solo instruye, sino que salva. Nuestra fe se alimenta de esta palabra divina y crece con ella su comprensión bajo la guía del mismo Espíritu que inspiró a los hagiógrafos (según la conocidísima expresión de San Gregorio Magno: la Escritura «cum legenti crescit»).*

Cristo mismo es Protopalabra primaria, en cuanto verdad eterna hecha carne plenamente manifestada en la Pascua del Señor. La palabra de la Iglesia –Protopalabra secundaria– no es idéntica a la palabra de Cristo, pero es inseparable de ella en la mutua inmanencia de la unión de la Esposa con su Esposo y Cabeza animados por el mismo Espíritu vivificante. Y, por tanto, en la palabra de la Iglesia actúa –con diversas inflexiones de diverso dinamismo salvífico– Cristo mismo en cuanto Protopalabra y fuerza de salvación mediante el ministerio de la Palabra y los Sacramentos, cuya eficacia brota de su Cruz gloriosa en su presenciarización sacramental en virtud de la Protopalabra de la anamnesis eucarística –que «totum mysterium nostrae salutis comprehenditur»– de la que vive la Iglesia que la celebra.

2. LA PROTOPALABRA EUCARÍSTICA

Como dice la Carta encíclica *Redemptor hominis* (n. 20), la Eucaristía «es al mismo tiempo *Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Comunión, Sacramento-Presencia*».

Hay una *gracia sacramental específica*, propia de la *Comunión* eucarística –la mesa del convite–, que forma parte del *número septenario* –un remedio («quoddam divinum auxilium» (S. Th., 72, 1, 4) para cada necesidad fundamental de la vida cristiana– como mesa del convite. Pero tiene también, considerada como ara del *Sacrificio* y como tabernáculo de la *Presencia* permanente sustancial de Cristo en estado de víctima –«res significata et contenta»–, un efecto general: su «res significata et non contenta» es el «Corpus Mysticum» en su integri-

dad, por ser fuente de toda gracia y de todos los dones espirituales que a ella se ordenan¹⁹. Causa «toda» la vida de la Iglesia y la unidad de la misma, no sólo consumativa en todas sus dimensiones –visibles y espirituales– de su «realidad compleja» (cfr. LG 8).

Así considerada, es «causa de todo el bien espiritual de la Iglesia»²⁰: tanto del organismo sobrenatural de la gracia de las virtudes y dones, con las gracias actuales que lo activan, como de las gracias no formalmente santificadoras, pero que disponen a la justificación, tales como la fe y la esperanza informes. Todas estas gracias, formal o dispositivamente santificantes, son participación o redundancia de la gracia capital de Cristo sacramentado.

Es más: también hace participar del mismo *principio activo radical de la gracia capital de Cristo, que es la unción del Espíritu, que obra la Unión hipostática de la humanidad santísima de Jesús con el Verbo en el Seno de la Inmaculada Mediadora, en cuya virtud queda «constituido en poder» (Rm 1,4) mediador de sacerdote, profeta y rey, mediante los sacramentos de consagración permanente e indeleble, por los caracteres sacramentales*²¹.

Todos los efectos salvíficos de los sacramentos derivan de la Eucaristía («*Eucharistia fons, coetera sacramenta rivuli*»), porque es «fons omnium gratiarum, a quo tamquam a fonte ad alia sacramenta, quidquid boni et perfectionis habet, derivatur» (Catec. C. Trento II, 4, 40 y 47) y a fortiori los del resto de los medios de santificación, que o bien anticipan la gracia sacramental o bien disponen a ella²².

La Eucaristía hace o edifica la Iglesia²³. Pero la hace no sólo en cuanto es fuente de toda la gracia vivificante que salva a cuantos no la

19. «Quidquid est effectus dominicae Passionis, totum etiam est effectus Eucharistiae» (Sto. Tomás, In Jo. 1,6). Otros muchos textos del Doctor angélico aparecen recogidos en mi obra de próxima publicación: *La Iglesia y la Eucaristía*, tesis de «laurea» en la Universidad lateranense de 1958, publicada hasta ahora sólo parcialmente en diversos artículos.

20. Cfr. S. Th., III, 65, 3, 1 (cfr. PO 5).

21. En otro lugar (J. FERRER, *La persona mística de la Iglesia*, cit.) explicamos el porqué de la diferencia esencial, no sólo de grado, entre el sacerdocio ministerial que hace presente a Cristo Cabeza y Esposo de la Iglesia su Esposa, con el sacerdocio común que confieren los sacramentos de iniciación (Bautismo y Confirmación) para cooperar como miembros activos de su Cuerpo, aportando el don de la Esposa, cada uno según su vocación particular, en una reciprocidad de servicios orgánicamente estructureados (cfr. LG 11).

22. H. de Lubac ha visto una prueba muy significativa de esa mutua inmanencia entre Iglesia y Eucaristía, en el cambio de terminología para designar ambas magnitudes operada en la tradición, y acuñó una frase para designarla que ha hecho fortuna: «*La Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia*», *Meditation sur l'Eglise*, París 1968, 101.

23. Es el tema central de la reciente encíclica –la número 14– de Juan Pablo II: *Ecclesia de Eucharistia*, cit. De él se hace eco de manera recurrente en su magisterio, desde la primera encíclica programática de su pontificado *Redemptor hominis*.

rechazan, sino también en cuanto que *Cristo sacramentado, único Mediador y Redentor del hombre, quiere hacer partícipe a la Iglesia su Esposa*, por los caracteres sacramentales y los carismas, que no son sino concreciones personales de la genérica potestad cultural-santificadora que aquellos confieren, *de su plenitud de Mediación sacerdotal, profética y regal*, para que todos y cada uno sus miembros tengan parte –como corredentores– en la obra de la salvación del mundo, constituyéndola así en «comunidad sacerdotal orgánicamente estructurada» (LG 11) por dones jerárquicos y carismáticos (LG 4); y –a ese título, en virtud de la Eucaristía– en sacramento y arca de salvación.

De ahí *la necesidad del ministro ordenado*, que ha recibido –con la ordenación sacerdotal, bajo Pedro– el poder de consagrar el *Cuerpo real –eucarístico– de Cristo*, sacramentalmente inmolado en el santo sacrificio de la Misa. El es su principal ministerio y el fundamento del que derivan todos los demás –integrados en el «ministerium Verbi et sacramentorum»– que ejerce el sacerdote sobre su *Cuerpo místico*²⁴. La ordenación sacerdotal *configura* al llamado a tan excelsa dignidad, *con Cristo Sacerdote, Esposo y Cabeza de la Iglesia, capacitándole para renovar sacramentalmente, in persona Christi Capitis, el Sacrificio de la Cruz*, «in quo salus mundi pependit» en virtud de la Protopalabra de la «anamnesis» eucarística –«esto es mi Cuerpo, este es el cáliz de mi sangre»– que hace sacramentalmente presente para aplicar sus frutos, el divino Sacrificio del Calvario; *haciendo así posible el ejercicio –con alma sacerdotal– del sacerdocio real del entero Pueblo de Dios, en cooperación orgánica de laicos y sacerdotes*.

Por eso la institución, el Jueves Santo, de la Eucaristía –y del sacerdocio ministerial que capacita para su celebración– fue entre todos, el acto fundacional por excelencia de la Iglesia –en el que convergen tantos gestos y palabras a lo largo de su vida– nacida en el Calvario del costado abierto de Cristo; porque de una manera dinámica, misteriosa y sacramental, presencializa en el tiempo y en el espacio el sacrificio redentor de Cristo para que se realice la obra de la salvación contando con su libre cooperación, hasta que Él vuelva (1 Co 11)²⁵. «*Esta es mi sangre de la alianza*». «*Diareje*» es alianza y es testamento: el patrimonio de los bienes salvíficos que entrega a la Iglesia se concentra en la Eucaristía. La Iglesia se constituye así en nueva Arca de la alianza, cuando Cristo entrega ese poder (carácter sacerdotal del ministerio apostólico, participación de la potestad –exousia– que el Padre entregó a Cristo con la unión hipostática)²⁶ al darles la orden de renovar el rito de institución

24. Cfr. S. Th. Supl. 36, 21.

25. Cfr. PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, n. 24.

26. Cfr. Mt 28,18.

de la Eucaristía: «haced esto en memoria mía». *Pedro, la roca firme, asegura esa indefectibilidad al garantizar la recta celebración del Santo sacrificio de la Misa, como principio de unidad*, en la fe y en la comunión, *de la estructura ministerial del sacerdocio*, capacitado por el carácter del orden, a renovar «in persona Christi Capitis», el divino Sacrificio del Calvario²⁷.

En el Sacrificio de la Misa la Iglesia se realiza a sí misma aportando el don de la esposa que coopera –en íntima alianza con El– al don salvífico de Cristo su Esposo²⁸. Todas sus otras actividades –litúrgicas y extralitúrgicas– se ordenan a ella y de ella obtienen su eficacia salvífica. «La liturgia y en especial la Misa es la cumbre a la cual tiende toda la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza» (SC 10).

La eficacia del ministerio sacerdotal está en el altar, depende de él, como la de Cristo dependió de la Cruz. «Todos los ministerios eclesiásticos y obras de apostolado están íntimamente trabados en la Sagrada Eucaristía y a ella se ordenan. Así son ellos (los presbíteros) invitados y conducidos a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos, todas sus obras, en unión con el El mismo. Por lo mismo la Eucaristía aparece como la fuente y la culminación de toda la predicación evangélica» (PO 5).

CONCLUSIONES

1. El Corazón de Cristo designa la Escritura. Ella es –en virtud de la inspiración bíblica– uno de los cinco analogados de la expresión «Palabra de Dios», que hemos estudiado a partir de su «analogatum princeps», el Verbo, Unigénito del Padre. «No es un verbo escrito y mudo, sino expresión del Verbo encarnado y vivo» (S. Bernardo, CEC 108).

27. Cfr. J. COLLANTES, *La Iglesia de la palabra*, II, Madrid, 1972, 177. En cuanto a la Eclesiología ortodoxa, eucarística y sofíánica, cfr. H.U. VON BALTHASAR, *La gloria y la Cruz* (Estilos II). S. Boulgakof y V. Soloviev gustan presentar a la Iglesia bajo el símbolo de la divina Sofía, tema de los libros sapienciales, contemplada con los rasgos femeninos de la Mujer de Gn 3,5 y Ap 12. La Sabiduría encarnada en Jesucristo se refleja en el complemento femenino, María, con su extensión universal que es la Iglesia, cuyo rostro refleja. La dimensión petrina de la Iglesia aparece, en la perspectiva católica, como un servicio indispensable a esta dimensión eucarística-mariana que acabarán aceptando como ya lo hizo el genial Soloviev al final de su vida.

28. Se trata siempre de la voluntad divina –negada por Lutero y la reforma protestante– de no salvar a los hombres sino asociándolos, a título de instrumentos libres, a la obra de la salvación, propia y ajena, como se valió de la Humanidad Santísima del Salvador para redimir a los hombres; para que todos cooperaran con El –según la conocida formulación de la Encíclica de Pío XII *Mystici Corporis* (AAS [1943] 217)– a comunicarse mutuamente los frutos de la Redención. «No por necesidad, sino a mayor gloria de su Esposa inmaculada».

Su sentido espiritual estaba cerrado (era oscuro), hasta que se abrió en la Pasión (cfr. CEC 112). ¿Por qué? Porque de él brota el agua viva del Espíritu Santo, fruto de la Cruz gloriosa (Jn 12,32), que mediante su presencialización en el Sacrificio Eucarístico da vida a la Iglesia, uno de cuyos elementos esenciales es la Escritura. Ella «está más en el corazón de la Iglesia que en la materialidad de los libros escritos» (CEC 113). El corazón de la Iglesia, Esposa de Cristo, designa la Tradición, memoria viva –guiada por el Espíritu– de la Revelación por hechos y palabras (DV 2).

A su luz reconoce en los libros inspirados la imagen canónica de la Revelación de su Esposo y descubre su sentido espiritual –típico tropológico y anagógico (cfr. CEC 115-119)– que le guía en el cumplimiento de su misión salvífica, como «sacramentum salutis mundi» hasta su consumación escatológica en la Jerusalén celestial, por la Palabra y los Sacramentos, que pertenecen a la figura de este mundo que pasa (LG 58).

2. Del costado abierto del nuevo Adán –consumado el sacrificio expiatorio de la Cruz y sacramentalmente renovado, para aplicar sus frutos, por el ministerio del sacerdote en el Sacrificio eucarístico–, brota el agua viva del Espíritu, que realiza –con la cooperación de la Iglesia, su Esposa–, la obra de la salvación. Toda la gracia salvífica del Espíritu Santo que vivifica la Iglesia y abre el sentido de la Escritura brota de la Eucaristía, de la que vive la Iglesia, «sacramentum salutis mundi».

Por eso la «*mesa de la Palabra*», puede considerarse complementaria de la «*mesa del Cuerpo de Cristo*» (cfr. CEC 1346) –en un mismo plano horizontal de diversa dignidad y eficacia salvífica complementaria–, si consideramos esta última como uno de los siete sacramentos, en consideración unívoca con los demás: como *mesa del convite*. Pero la Eucaristía, en tanto que *ara del sacrificio y sacramento de la presencia permanente* –en estado de víctima– en el tabernáculo, está en un nivel más elevado –trascendente y analógico– del que deriva toda la gracia, fruto del Sacrificio expiatorio del Calvario. Entonces es «*imparticipatum quid in genere sacramentorum*»: *es fuente* –no sólo cima y consumación– *de toda la vida de la Iglesia*, que discurre –en un proceso vertical de arriba abajo– por los canales de la Palabra y los sacramentos, en la íntima compenetración y complementariedad de muy diversos modos de dinamismo salvífico que hemos procurado describir y sistematizar en otro lugar –que participan de la plenitud desbordante de la Protopalabra eucarística–.

3. La Iglesia no se edifica sobre comités, juntas o asambleas –necesarias, en su justa medida (algunas prescritas y reguladas por el Derecho), para su tarea pastoral y buen gobierno– en las que se pronun-

cian tantas palabras, a veces vacías, cuando no confusas. La palabra y la acción de sus miembros en tanto edifican la Iglesia y conducen a la salvación del mundo en cuanto estén en dinámica conexión con el sacrificio redentor de Cristo, actualizado en el misterio eucarístico, que aplica toda su fuerza salvífica.

Toda palabra que se oye en la Iglesia, sea bíblica, o –en ella fundada– docente, exhortativa, autoritativa o sacramental, sólo tiene sentido salvífico, y edifica la Iglesia, en la medida en que sea preparación, resonancia, aplicación o interpretación y –siempre–, derivación de la «Protopalabra»²⁹ de la «anamnesis» sacramental del divino Sacrificio del Calvario, en el momento solemne y culminante de la Protopalabra de la doble transustanciación eucarística («hoc est enim corpus meum...»). Ella hace sacramentalmente presente el Sacrificio del Calvario, para que se realice la obra de la salvación, con la cooperación de la Iglesia, su Esposa –por el «ministerium Verbi et Sacramentorum»–, que vive del Espíritu Santo que brota –como fruto de la Cruz– del costado abierto del nuevo Adán y de la espada de dolor del corazón de la nueva Eva, la Inmaculada Corredentora. El Corazón de Cristo, designa la Escritura, su verdadero sentido espiritual, que estaba cerrado, se abra cada día en la «anamnesis eucarística» de «la hora de la glorificación del Hijo del hombre» –eternamente actual– que «todo lo atrae hacia sí» (cfr. Jn 12,23 y 32).

29. La expresión es de K. Rahner, en *Escritos de teología*, IV, passim.